

DOMINGO III DE PASCUA (A)
Homilía del P. Jordi-Agustí Piqué, monje de Montserrat
6 de abril de 2008
Hch 2, 14-22 b-33 // 1 Pe 1, 17-21 // Lc 24, 13-35

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

En este tercer domingo de Pascua la Iglesia nos invita a la exultación. El canto de entrada nos invitaba a aclamar a Dios. La oración de la Misa le pedía que su pueblo *exulte* siempre. El aleluya musicado con acordes brillantes nos hacía cantar la alegría pascual. Las lecturas de hoy nos dan la razón de esta alegría.

Pedro (Hechos 2, 14-22 b-33) de pie, con los once, recuerda y hace memoria de los hechos de Jesús. Pedro exclama: «Dios acreditó (a Jesús Nazareno) ante vosotros realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis». Este testimonio toma fuerza por el testimonio de los doce, por la palabra de Pedro. Ellos, los discípulos escondidos y encerrados por miedo, ahora dan testimonio abiertamente de Jesús muerto y resucitado.

La primera carta de Pedro (1 Pe 1, 17-21) nos muestra las dificultades que los primeros cristianos tienen que sufrir por su fe y cómo confían en la esperanza que viene de Cristo. El ambiente hostil y las diversas corrientes judaizantes y helenísticas de la época, dificultaban la comprensión de Cristo y de su realidad. La sangre de Cristo, Cordero sin tara ni defecto, es la razón de la esperanza en Dios y el fundamento de la fe de estos primeros cristianos.

Y en el Evangelio (Lc 24, 13-35) acompañábamos a los discípulos de Emaús. Los discípulos que, haciendo camino, recuerdan los hechos que han pasado. Pero no es simplemente un recuerdo. Lucas nos dice que: *recuerdan y discuten*. Tratan de interpretar, de comprender. Pero la realidad es que su camino los aleja de Jerusalén. La discusión se ve redimensionada por el relato sobre los hechos ocurridos, que los dos discípulos explican al caminante que se les junta: y le cuentan el caso de Jesús de Nazaret ... un profeta poderoso. Estos dos discípulos no habían entendido que Jesús es quien lleva a cumplimiento en Sí mismo las profecías. Entonces Él, les explica las Escrituras y les parte el Pan. Es entonces cuando comprenden. Entonces se dieron cuenta de que su corazón ardía. Entonces volvieron a rehacer el camino hacia Jerusalén. Y habiendo comprendido, dan testimonio: *Realmente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón*.

Y es que las lecturas de la Misa de hoy presentan el tema del recuerdo, de la comprensión y de la confesión.

Un recuerdo activo, que cambia el presente y lo redimensiona, lo abre hacia el futuro, hacia la esperanza y culmina en la confesión. Jesús, el Cristo, es el centro de este recuerdo. La resurrección de Cristo es momento de acción de Dios Trinidad en la realidad de cada momento, de cada cristiano, de cada hombre y de cada mujer que quiere acoger la gracia que brota de su cruz.

La comprensión de este Jesús pasa siempre por un acto de fe, por la fe. Algunos lo conocieron y a pesar de eso incluso lo negaron y huyeron cuando fue colgado en el patíbulo. Pero la resurrección de Cristo los llevó al reencuentro, al arrepentimiento, a la comprensión y a la confesión, hasta el don de la propia vida. Este encuentro con Cristo resucitado es siempre motivo de comprensión de la propia realidad personal y

comunitaria que lleva a una comprensión esperanzada del mundo, de las personas, de los hechos de la historia y del sentido de la vida.

Este recuerdo, esta comprensión, esta confesión/testimonio han de llevar a la alegría y esta alegría se expresa en el exultación. Exultar a la luz del Cristo que ilumina nuestras noches. Exultar con el canto de toda la Iglesia que se maravilla porque nuestra culpa ha merecido un Salvador tan grande. Exultar con la alegría de los recién bautizados, con la alegría de los llamados a la redención total y única, la del Cristo que vence el pecado y la muerte y que no excluye a nadie.

La resurrección de Cristo desvela y hace comprender la relación de las profecías con Jesús, su pleno cumplimiento (Cf. Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, 273). Y ante este despertar hace falta el testimonio. Porque nosotros, hermanos y hermanas, en Cristo hemos visto y oído. Nuestra voz, nuestro canto, nuestra vida de bautizados tendría que despabilar nuestro corazón y el de nuestros hermanos. Nuestra vida de cristianos tendrá que recordar a los que nos rodean que somos de Cristo y que con Él, asociados a su muerte, somos redimidos y compartiremos su resurrección.

Hagamos hermanos y hermanas que este tiempo de Pascua sea, para nosotros mismos y para los otros, tiempo de recuerdo de las maravillas de la obra de Dios. Recuerdo activo y contemplativo al mismo tiempo, pleno de esperanza, que puede estimular los corazones más alejados, los corazones más castigados, los corazones más endurecidos. Tenemos que decir «Dios» de manera comprensible, no por las muchas palabras, sino por la alegría de la resurrección, con la clave del amor, con nuestra humanidad vivida con la plenitud que viene de nuestro ser cristianos. Tenemos que decir Dios de manera empática.

No nos dejemos quitar la alegría del Cristo resucitado. Miremos la Cruz que preside nuestro altar y contemplemos la belleza del dolor que salva. Miremos nuestras pequeñas realidades y seamos profetas del amor de Dios que nos ha creado, que nos ha amado y nos salva.

Los discípulos de Emaús rehicieron el camino hacia Jerusalén. No tuvieron miedo. El reencuentro con Cristo los llevó a anunciarlo resucitado.

Emaús es hoy el corazón de cada uno de nosotros. Para mí Emaús sois vosotros que con vuestra esperanza y vuestra fe me predicáis a Cristo. No son en absoluto mis palabras las que os pueden convencer. Sois vosotros mis compañeros de camino hacia Jerusalén, que me lleváis hacia Cristo, que se hace presente en el medio nuestro. Emaús es hoy el corazón de nuestra asamblea, el corazón de los que estáis en casa, en el hospital, en la carretera ... todos y cada uno de los que hoy recordamos, comprendemos y testimoniamos la maravilla de la redención cumplida en Cristo. Y por eso hacemos Eucaristía (acción de gracias) y exultamos por la obra del Dios Trinidad, de Padre Creador, del Hijo Redentor y del Espíritu Santo Santificador, Dios por los siglos. AMÉN.